



EL PAN NUESTRO DE CADA DIA.¹



I.

Ha ganado Madrid la mayor prez que obtener pudiera la capital de un reino, y apenas si el pueblo madrileño lo ha sabido, y de saberlo se ha ufanado.

Verdad es que no se trataba de un suceso político, de esos ruidosos y brillantes, que, por servir de granjería á unos y de lucimiento á otros, por fuerza han de pasmar á la nacion entera. Ni se trataba tampoco de la hazaña singular de algun héroe de espada y muleta, de esos cuya gallardía y denuedo llevan al circo, y en él agitan, conmueven y arrebatan, á millares de españoles, hijos legítimos, áun más que por la sangre latina, por el amor á espectáculos sangrientos, de los romanos de há diez y nueve siglos; ciudadanos de «panytoros», herederos indisputables de los ciudadanos de *pane et circenses*.

No, no se trata de sesiones ni de corridas, galas unas y otras de la córte; trátase de algo ménos ruidoso y embriagador y típico; trátase sencillamente de que ya nadie en Madrid se muere de hambre.

Muchos, por cobardía de espíritu, no osamos nunca pensar en lo que el hambre debe de ser; pero lo sabe el mundo hartas veces, cuan-

(1) Tomado de *La Ilustracion Española y Americana*, damos cabida en nuestras paginas a este artículo, tan bello como la Caridad y tan universal como esta. ¿En dónde no hay un necesitado á quien socorrer?

do en el rincón de una buhardilla descubre la justicia un cadáver, que ya de vivo lo parecía, ó cuando la misma justicia llévase á la cárcel al que ha robado un pan ó dinero con que comprarlo....

No acertamos á comprender que un sér humano, que por serlo y haber nacido tiene derecho á la vida, pueda verse un día oprimido por los brazos descarnados y glaciales del hambre, y desalentado perezca del espantoso abrazo, ó forcejeando, loco y sin conciencia, por desasirse de él, se arroje al delito y tal vez al crimen.

¿Quién ignora que la cuchilla del hambre ha segado tantas honras como vidas la guadaña de la peste?

Remediar el hambre puede evitar en muchos casos, no solamente el morir, sino el matar, y no tan sólo el fin de la vida, sino el fin del honor; que á un tiempo mismolanza el hambre á la calle á la mujer para venderse y al hombre para robar.

Ahora esto no sucede, y si sucede no debe suceder; todos los días, durante cuatro horas, hay un comedor abierto á cuantos quieran entrar en él, y en el comedor una mesa con el necesario alimento para el día.

Sean en buen hora ciento, quinientos, mil, los enfermos de inanición que allí acudan, todos hallarán el remedio de tan cruel enfermedad; al recobrar su estómago el calor perdido, recobrá alientos su alma abatida; ni los amenazará la muerte, ni les tentará el vicio; los pobres en Madrid pueden todos comer, ó lo que es lo mismo, pueden todos vivir y ser honrados.

¿Quién ha realizado tan bienhechor portento?

¿Quién? Un sér, un ángel, una virtud, llamadle como os plazca, que nació con un solo sentimiento, el de amor, y con un solo amor, el de madre. Y nació de las nupcias divinas que, camino de los Cielos, celebró Jesús, emblema viviente de la fé, con una virgen tan dulce como bella, que se nombraba Esperanza....

Ya sabéis, por tanto, dicho sea en llana prosa, que quien hoy en Madrid, (como siempre en todos lados) da de comer al hambriento es la Caridad.

¿Cómo? Ya es más largo cuento; pero merece oírse; escuchadlo.

II.

Veinticinco años hace, en 1860, una mujer de carne mortal,

pero cuyo espíritu había animado con un besola nombrada hija de la Fè y la Esperanza, alquiló en la calle de la Parada un cuarto humilde, é instaló en él tres niños huérfanos —tres, como las tres virtudes que inspiraban la obra—para alimentarlos, albergarlos é instruirlos.

Cómo aquel naciente asilo creció, gracias á donativos y limosnas, gracias sobre todo á la santa terquedad de la que la fundára, pasando á la calle de Atocha, donde se desarrolló considerablemente; cómo concibiódespues el insensato designio de habitar en casa propia, insensatez llevada á tal extremo, que en vez de una casa ha conseguido un palacio.... no he de relatarlo yo, cuando ya hubo de relatarlo en estas páginas, con frases que, por desgracia, no acertará á encontrar mi pluma, el escritor ingenioso cuanto elocuente, mi excelente amigo D. José de Castro y Serrano.

Pero es el hecho que el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazon de Jesús, bendecido desde sus comienzos por la fortuna, esclava esta vez de la justicia, encontró entre sus protectores, que por dicha son muchos, uno de los más eficaces, por cuanto le daba hecho lo que sólo á fuerza de dinero sehace, y que, contradiciendo el dicho, vulgar, era «buen hombre» y además «buen sastre». Quiero decir que encontró un arquitecto, de entendimiento y saber, que sin otro lucro que el goce del bien obrar, levantó un edificio de laudabilísimas condiciones, cuando tantos son en Madrid los arquitectos que cobran gruesas sumas por estampar en piedra y ladrillo herejías y torpezas.

Construyóse, pues, hácia el fin de la calle de Claudio Coello, en sitio eminente y ámplio, dotado de mucho aire y mucha luz, ó sea en el mejor emplazamiento posible, el Asilo de los Huérfanos, y da gloria, una vez se trasponen sus umbrales, ver la majestad de las salas, la ventilacion de los dormitorios, el desahogo de los pasillos, la buena distribucion de las clases y talleres, la pulcritud de la capilla provisional —blanca sencilla y pura como un hábito de novicia— el aseo, el órden y la higiene qué pordonde quiera existen.

¿Es necesaria; una prueba concluyente de las saludables condiciones del Asilo? Héla aquí: ochenta son los niños que alberga; del rigor del invierno era el día en que recorrí las diversas dependencias del local; en la enfermería no había nadie.

En cambio, las clases estaban llenas y en movimiento los talleres; los huérfanos se instruyen y á la vez aprenden un oficio. A los diez

y ocho años, edad en que pueden, si les place, salir del Asilo—algunos han preferido seguir en él, reenganchados de aquel piadoso ejército de la Caridad—á los diez y ocho años, decia, los que desde los siete (edad mínima para entrar) han permanecido observando buena conducta—que son casi todos—en aquella santa casa, se encuentran poseedores, por lo que á la materia concierne, de cuatro camisas, cuatro calzoncillos, cuatro sábanas, cuatro almohadas, dos toallas, dos servilletas, una colcha, un traje de invierno, otro de verano, otro pira el taller, sus libros de estudio y el producto de su trabajo, jornal por jornal, desde el día en que empezó á ganarlo. Tocante al espíritu lleva otro equipo aún más provechoso; luces intelectuales, fé religiosa, hábitos de laboriosidad, costumbres de templanza, un oficio bien ejercitado y una instruccion bien adquirida.

Bien adquirida, si; los *Hermanos de las Escuelas Cristianas* (asociacion laica, pero con votos de pobreza y castidad, dedicada exclusivamente á la educacion de niños) observan tan acertado sistema en sus lecciones, que— como pude cerciorarme yo mismo—en vez de enseñar á la «antigua española» textos de memoria, aunque no de entendimiento ni voluntad, y mediante sendos azotes, enseñan razonadamente las materias, de suerte que el escolar las entienda, y por entenderlas las explique.

El resorte de que más se valen para obtener este resultado es el estímulo del amor propio. Así, por ejemplo, al improvisar un eximen en una clase (como el que con hartó contentamiento presencié recordando las escuelas tan perfeccionadas de los Estados-Unidos), el hermano mayor del Asilo (son nueve en total) formulaba una pregunta en voz alta, y al punto levantaban la mano varios alumnos, en señal de que se hallaban prontos á contestar. Elegía uno el profesor; el niño respondía; aquél hacia nueva pregunta, á menudo complemento de la primera: otro niño, entre varios, la satisfacía, y de esta suerte, de pregunta en pregunta, de contestacion en contestacion, un punto de Geografía, de Historia ó de Aritmética, quedaba plenamente explicado por la clase; era un rápido viaje de circunvalacion científico-infantil desde la partida hasta el arribo.

Observacion que no debo pasar en silencio: en dos clases, distintas por la edad de los discípulos, presencié el improvisado exámen referido; ni uno solo, ni uno, de los niños que voluntariamente se ofreció á responder, erró la respuesta.

Los asilados se levantan y se acuestan con el día; lo uno á las cinco y media de la mañana; á las siete y media de la noche lo otro; las catorce horas comprendidas en este lapso de tiempo las distribuyen entre trabajo intelectual, trabajo material, rezos, comidas y esparcimientos. Las comidas son tres, dos de ellas de carne, un plato más los domingos y festividades, y merienda á diario; las camas son de hierro, con jergon, colchon y manta; los trajes, de lana en invierno y de hilo en verano.

Sus oídos escuchan tan sólo palabras de bondad, de religión y de enseñanza; sus ojos ven no más la alegre y limpia blancura de las paredes, las bellas imágenes de Jesús y de María, y por donde quiera, á través de innumerables arcos, patios y ventanas, lo mismo que á través de sus oraciones, el azul del cielo....

III.

Mas hème aquí desviado, y no poco, del comienzo de este artículo. ¿Dónde fueron á parar el hambre remediada y la mesa de caridad apercebida por todos los menesterosos de Madrid?

Es verdad que me ha ocurrido en el papel lo propio que me ocurrió en el Asilo: fuí por presenciar únicamente el reparto de la sopa á los pobres; pero una vez allí, y mi propósito realizado, dime á divagar muy complacido por galerías, salas y clases, galantemente acompañado del hermano mayor (francés, como sus compañeros) y de algunas damas de la Asociación, y olvidéme á la postre del objeto principal de mi visita, cautivado y seducido por la traza y organización de aquel Asilo, que por extraño fenómeno es á un tiempo hijo y generador de la caridad.

Pero terminada la visita, como terminada aquí la digresión, volví á dominar mi pensamiento el espectáculo que conmovido presencié, y que sin otro auxilio que los rasgos torpes de mi pluma intentaré muy luego describir.

A la Asociación de Señoras del Sagrado Corazón de Jesús—que son unas cincuenta, siendo el resumen de sus propósitos el mismo que el de los mandamientos del Decálogo, «Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo», supuesto que se asocian para practicar ejercicios espirituales y para trabajar en beneficio de

otros, como son los niños del Asilo de Huérfanos—á las señoras de esta nobilísima Asociacion no les pareció suficiente tarea la de sostener, educar y dirigir á los huérfanos del Asilo, en virtud de lo cual (y virtud es, bien manifiesta), guiadas por la Presidenta, que es ser guiadas por la Caridad misma, y movidas por el arquitecto, que lo es muy perito en obras de Beneficencia, determinaron alimentar diariamente á cuantos pobres lo hubiesen de menester, sirviéndoles ellas mismas el alimento—siendo humildes á más de ser caritativas.

Y se ha cumplido el generoso empeño. ¿Cómo? Como vive y crece el Asilo; por bondad de la suerte, ó más cristianamente dicho, por solicitud de la Providencia.

Nunca, al empezar el día, sabe el Asilo con qué recursos contará al siguiente para atender á las múltiples atenciones que un instituto de tal naturaleza exige, ni para repartir la sopa á los centenares de hambrientos que acudirán á solicitarla; y todos los días, al caer la tarde, hay en el modesto salon de entrada, en una mesa, un montoncillo de dinero, donde el ochavo y el céntimo se ocultan tímidos entre los pliegues del billete de Banco, lo cual es limosna para el Asilo de Huérfanos, y en otra mesa abultado monton de panes, que van á unirse á botellas de aceite y á latas de pimenton, lo cual es la limosna para la sopa de los pobres.

¿De dónde salen tantos donativos? ¿A quién se deben tantas limosnas? Ignórase con mucha frecuencia; sábese en alguna que otra ocasion que el potentado entrega miles de duros de los que heredó ó ganó, y que el pobre jornalero lleva un pan de los dos que compró para comer....

Lo que si, y por fortuna, sábese todos los días es que al caer de la tarde se llenan las dos mesas del modesto salon de entrada.

La Tesorera recoge el dinero y acude con él á pagar los servicios y las cuentas del Asilo; pero se acaba siempre aquél ántes que las últimas.... ¡No importa! El proveedor dice sonriendo «esperaré», y con igual dulce sonrisa dicen: «esperaré» los acreedores todos del Asilo; pero ni aquéllos hacen esperar una hora sus provisiones, ni éstos un instante el aumentar su crédito.

Así todo marcha sin tropiezo, aunque entre dificultades marcha: los que suministran, fian en el Asilo; el Asilo fia en la caridad; todos fian en Dios. Y solo con estas fianzas se levantó un edificio colosal; se organizó el albergue, alimentacion y enseñanza de 80 huérfanos;

se montaron imprenta, encuadernacion y otros talleres; y ahora se distribuye á 1000 pobres cada dia sopa y pan.

El que de limosnas se recibe, ó con limosnas se compra, va á la ancha y bien dispuesta cocina del Asilo; allí una maquinilla le corta en rebanadas, echa las rebanadas el cocinero en una caldera con agua, aceite, pimenton, ajo y tomate, y la mezcla conviértese en el fogon en sopa tan sabrosa como alimenticia.

Efectúase esto al medio dia; en la calle, en el vestibulo y en la espaciosa nave de la futura capilla (en la que, con gran alborozo de la Asociacion, de nuevo se trabaja, gracias á no sé qué donativo) agólpanse los pobres de la sopa, hombres y mujeres, ancianos y niños. Los primeros abundaban más que las segundas; ahora, desde que se ha procurado trabajo á los jornaleros, las mujeres son las más, entre ellas de 80 á 100, cada dia, que están criando. A éstas se las lleva aparte, y á más de la racion de sopa y pan, se les da un vaso de vino. Tambien abundan los niños, ya solos, ya con los padres; á aquéllos suele arrojarlos allí la espuma del arroyo; á éstos, los padres suelen no atreverse á llevarlos todos de una vez, y llevan cada dia uno á que coma con él de limosna....

Abrese la puerta del refectorio; los que primero llegaron, entran ordenada y silenciosamente; caben hasta cuarenta, veinte á cada lado. El refectorio es una sala cuadrilonga, dada de cal y con tres grandes ventanas; los pobres, á la vez que comen la sopa, beben alegría y luz... Hay dos largas mesas de tabla á una y otra parte; al frente de la puerta de entrada, otra de salida; sobre ella, un Crucifijo, y luégo dos carteles: el uno previene que se entregue la cuchara y la cazuela al salir; el otro prohíbe blasfemar en aquel sitio....

Ya se ha llenado por los convidados de la caridad el espacio que media entre la mesa y la pared. Ciérrase la puerta, quédanse á la parte exterior los que esperan, y una pareja de Orden público con ellos; dentro del comedor están, de pié, damas de elegante porte—á muchas de las cuales aguardan piafando los arrogantes caballos del *landeau*—que sobre su traje se han ceñido un mandil negro, y que se disponen á servir á los que rechazaria por compañero el último de sus criados.

El arquitecto que ya nombré, algun eclesiástico y alguna otra persona distinguida ocupan tambien el centro del comedor; dos huérfanos del Asilo, niños de cinco á siete años, se levantan de dos sillitas

que en el centro tambien ocupan, y se quitan la gorra; todos están en pié y descubiertos....

«—Padre nuestro, que estás en los cielos»—rezan los niños de frente al Cristo que extiende sus brazos sobre la puerta....

«—El pan nuestro de cada día dánosle hoy»—contestan á coro los circunstantes, pobres y ricos, damas y pordioseros... pensando en que Dios, por mano de la caridad, va á repartirles, en efecto, el necesario pan de cada día.

Sin duda que los chicos sagrados, subiendo entre nubes de incienso hácia la gallarda bóveda de la gótica catedral, entonados por los sacerdotes, que sobre blancas túnicas visten capas pluviales recamadas de oro, y ante los cirios que llamean en el retablo de jaspes y debronces, arroban el ánimo y le elevan á místicas bienaventuranzas; mas dudo yo que pudieran conmover tanto como aquel simple «Padre nuestro», pronunciado á medias por los pobres niños, cuya horfandad halló amparo, y por los pobres, niños, adultos ó ancianos, cuya hambre aplaca la caridad en su manifestacion más bella.

Terminada la oracion, los chiquillos gritan: «Buen provecho les haga á ustedes.» «Gracias»—contestan los favorecidos: y al punto las cazuelas de sopa, pasando de la cocina á un antecomedor en manos de asilados, y de allí á la mesa de los pobres en manos de las señoras, llegan humeantes á alegrar sus rostros demacrados y afligidos.....

No siempre son demacrados; entra á veces entre los demas un hombre que aun viste la blusa del obrero, fornido, robusto, jóven, y que á laprimera cucharada pierde el color y se desvanece: hace dos días que no ha comido....

Entran escuálidas madres de familia, cuyas lágrimas caen hilo á hilo sobre el alimento de la caridad.... Piensan en el hijo que se quedó en el zaquizamí ó en la choza.

Entran ancianos y jóvenes, tambien de uno y otro sexo, que lloran igualmente, pero no de pena, sino de gratitud y rubor al verse sustentados y consolados además con afectuosas palabras por aquellas hadas, aquéllos seres de otra jerarquía superior, que, cual una vision, habian visto alguna vez cruzar, al trote de sus yeguas, sobre los cojines de raso de su coche.

Hay días en que la dama que entrega el buen pedazo de pan blanco y la honda cazuela de sopas al mendigo, dirigiéndole al servirle palabras de consuelo, es una rubia gentil, de ojos celestes, de esbelto

talle y de sencillo aunque aristocrático continente, que se apellida D.^a Eulalia de Borbon.

Muyá menudo, entre la agrupacion famélica y ansiosa que á la sopa del Asilo acude, descúbrense un gaban ó una levita, no siempre raidos, entre las blusas, las chaquetas y los harapos; las demas miserias inspiran lástima; esta inspira además respeto. Por eso las señoras de la Asociacion conducen al trémulo y enrojecido vergonzante á un cuarto apartado, donde sacia el hambre, pensando sin duda en los dias en que, al sentarse á la mesa, servíale un criado costosas viandas.

El nudo que me apretó el corazon al ver uno deestos infortunados tardó muchas horas en desanudarse. ¡Quién osará decir, ni á su conciencia: «De este pan de limosna nunca comeré!»

Ya han vaciado las escudillas, y comido el pan, y bebido agua en vasos al efecto los cuarenta pobres; salen ordenadamente como entraron, y abierta de nuevo la puerta, otras dos veintenas de míseros hambrientos ocupansu lugar. Antes se han lavado las mesas y se han limpiado y fregado cazuelas y cucharas, y las señoras y señoritas, con igual diligencia y la misma bondad, siguen sirviendo.... Dijérase que tienen ante los ojos de su alma, como el arquitecto, nobilísimo iniciador de la sopa, aquel versículo del Evangelio de San Juan, en que Jesus, despues de lavar humildemente los piés á sus discípulos, les dice:

«—Ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros tambien hagais.»

¡O Madrid, Madrid.... centro de perversiones, emporio de vicios, depósito de maldades, abismo de miserias!..., Tú que eres capital por los capitalistas, villa por los villanos y córte por las cortesanas.... cuando hayas de presentarte, pálido por el insomnio, y la disipacion, avergonzado de tu esterilidad y de tu holganza, ante el juicio final de los pueblos, no podrás ostentar en tu menguado escudo, à guisa de cuarteles de nobleza, ni el verdor de tu campiña, ni la corriente de tu rio, ni el esplendor de tus monumentos, ni el hervor fecundo de tus fábricas.... Y verás cómo en el tribunal de la Historia el Supremo Juez perdonará á Lóndres sus abyecciones por su amor al hogar; y á Nueva-York sus codicias por su amor á la patria, y à Paris sus corrupciones por su amor al trabajo.... Y verás esto, y verás que, por no hallar una virtud que en la balanza de la justicia pese lo que tus liviandades, se dispondrá el tribunal á condenarte á eterno y afrentoso

castigo.... Y entónces, ¡oh Madrid, oh esfinge amenazante y misteriosa! verás aparecer, cual bizarro defensor, un niño huérfano y pobre, que echando sobre el platillo la moneda de la caridad, hará al punto caer de aquel lado la balanza, y trocar el castigo en perdon y en lágrimas de ternura la sentencia.....

LUIS ALFONSO.

JESUS-EN BIZITZIA.

III. GARREN BURU EDO KAPITULUA.

ISAIASEN ASMEGI EDO PROFEZIA.

Egun ekietan, Jainkuak bere asmegitari edo profeta eskuetan arturik, Sion mendiaren gainean ezarri men, eta erran zion: Beazak an urrun mendez mendeetan barnaka. Beazak eta ikusi. Jauna, egiten du profetak, beatzen dut, eta ikusten dut.

Eta orduan, Jaunak, ezpanak ukitu ziozkan, erraten ziolarik:

Mintza ari oraintche, eta ikusten ditukenak erran.

Ikusten ditut, dio profetak, sei menderen edo eunkiren buruan, Sioneko neskatchak beren buruaren apaintziari emanak, eta nola galerna aiziak ibiltzen beittitu aritz andienak, eta ilurtzuriak yotzen, eta lurrerat etchatzen, ala Jaungoikoaren eskuak Siongo andere gai guziak igitu eta etchatu ditu.

Eta billuziak bezala egondu dire. Eta zituzten ille belz ederrak, sorbaldetarat ain polliki erortzen zitzaizkotenak, galdu dituzte. Oiñetako andigoyak, eta buruko izar adarrak, eta zituzten apaingarri eta edergarri guziak kendu diozkate.